

bro del 5 de septiembre fué un pretexto suficiente para que se desanimase y renunciara á este plan; y entonces fué cuando se dió una contraorden á las columnas de Arenas, de Lugón y de la Rochela. Canclaux, que había avanzado con éxito, se encontró así descubierto, y el descalabro de Torfou hizo su situación más peligrosa. Sin embargo, al saber el ejército de Saumur sus progresos, marchó desde este punto y Angers á Vihiers y Chemillé, y si no se hubiese desbandado tan pronto, es probable que la retirada de las alas no hubiera impedido el éxito definitivo de la empresa. Demasiada ligereza en renunciar al plan propuesto, la mala organización de los nuevos alistados y la fuerza de los vendeanos, que era de cien mil sobre las armas, fueron las causas de estos nuevos reveses; pero no hubo traición por parte del estado mayor de Saumur, ni vicio en el plan de Canclaux. La consecuencia de estos reveses era funesta, pues la nueva resistencia de la Vendée despertaba todas las esperanzas de los contrarrevolucionarios, agravando singularmente los peligros de la república. Por último, si en los ejércitos de Brest y de Maguncia no había desorden, el de la Rochela estaba una vez más desorganizado, y todos los contingentes procedentes de la leva en masa volvían á sus hogares con el mayor desaliento.

Los dos partidos del ejército se apresuraron á dirigirse cargos: Philippeaux, cada vez más fogoso, escribió al comité de salvación pública una carta que rebosaba indignación, y en la cual atribuía á una traición la contraorden dada á las columnas del ejército de la Rochela. Choudieu y Richard, comisionados en Saumur, escribieron cartas injuriosas, y Ronsin fué al punto á delatar ante el ministerio y el comité de salvación pública los vicios del plan de campaña. Canclaux, dijo, hacía operar fuerzas demasiado considerables en la baja Vendée, había ahuyentado á la alta Vendée á toda la población insurgente, y ocasionado la derrota de las columnas de Saumur y Angers. En fin, devolviendo calumnias por calumnias, Ronsin contestó al cargo de traición con el de aristocracia, y denunció á la vez á los dos ejércitos de Brest y de Maguncia, diciendo que estaban llenos de hombres sospechosos y mal intencionados. Así se envenenaba siempre más la contienda entre el partido jacobino y aquel que quería la disciplina y la guerra regular.

En París se supo casi al mismo tiempo la inconcebible derrota de Menín, la inútil y mortífera tentativa sobre Pirmasens, las derrotas en los Pirineos orientales y el enojoso resultado de la nueva expedición en la Vendée, todo lo cual causó la más funesta impresión. Estas noticias se propagaron sucesivamente desde el 18 al 25 de septiembre, y según costumbre, el temor excitó la violencia. Ya se ha visto que los más fogosos agitadores se reunían en los franciscanos, donde se guardaba menos reserva aún que en los jacobinos, y también se sabe que reinaban en el ministerio de la Guerra bajo la dirección del tímido Bouchotte. Vincent era su jefe en París como Ronsin en la Vendée, y aprovecharon esta ocasión para renovar sus acostumbradas quejas. Colocados en un lugar inferior á la Convención, hubieran querido alejar su autoridad incómoda, con la que tropezaban en los ejércitos, en la persona de los representantes, y en París en el comité de salvación pública. Los representantes comisionados no les permitían ejecutar

las medidas revolucionarias con toda la violencia que deseaban, y el comité de salvación pública, regulando soberanamente todas las operaciones según miras más elevadas é imparciales, les contrariaba sin cesar, siendo de todos los obstáculos el que más les molestaba. Por eso se les ocurría muy á menudo pedir la formación de un nuevo poder ejecutivo, según el método adoptado por la Constitución.

No dejaba de ofrecer grandes peligros poner en vigor aquella, como lo habían pedido con frecuencia y malignamente todos los aristócratas, pues exigía nuevas elecciones y reemplazaba la Convención por otra Asamblea, necesariamente inexperta y desconocida del país, y que encerraría todas las facciones á la vez. Los revolucionarios entusiastas, comprendiendo este peligro, no pedían el cambio de la representación nacional, pero reclamaban que se cumpliera con la Constitución en lo que convenía á sus miras. Colocados casi todos en las oficinas, deseaban sólo la formación del ministerio constitucional, que debía ser independiente del poder legislativo, y por lo tanto del comité de salvación pública. Vincent tuvo, pues, la audacia de hacer redactar una petición á los franciscanos exigiendo la organización del ministerio constitucional y el llamamiento de los diputados comisionados. La agitación fué de las más vivas. Legendre, amigo de Dantón, y que figuraba ya entre aquellos cuya energía parecía mitigarse, se opuso inútilmente, y la petición fué adoptada, excepto un artículo, el que pedía el regreso de los representantes en comisión.

La utilidad de éstos era tan evidente y había en aquella cláusula algo tan personal contra los individuos de la Convención, que no se osó persistir. Esta petición produjo gran tumulto en París, y comprometió de una manera grave la autoridad naciente del comité de salvación pública.

Además de estos violentos adversarios, tenía otros la junta entre los nuevos moderados, á quienes se acusaba de reproducir el sistema de los girondinos y de contrariar la energía revolucionaria. Pronunciados fuertemente contra los franciscanos, los jacobinos y los desorganizadores de los ejércitos, no cesaban de quejarse á la junta, y aun les reconvenían porque no se declaraban denodadamente contra los anarquistas.

Por lo tanto tenía la junta contra sí á los dos partidos que comenzaban á formarse, los cuales, según costumbre, se aprovecharon, para acusarla, de los acontecimientos infaustos, y ambos, acordes para condenar sus operaciones, las criticaron cada uno á su modo.

Conocida era ya la derrota del 15 en Menín, y comenzaban á circular confusos rumores acerca de los últimos reveses de la Vendée. Hablábse con vaguedad de un descalabro en Corón, en Torfou y Montaigú. Thuriot, que había rehusado ser individuo del comité de salvación pública, y á quien se acusaba de ser uno de los nuevos moderados, pronunció al principio de la sesión contra los intrigantes y los desorganizadores, que acababan de hacer nuevas proposiciones en extremo violentas acerca de los abastecimientos. «Nuestros comités y el consejo ejecutivo, dijo, se ven acosados y cercados por una multitud de intrigantes que sólo aparentan patriotismo porque les reporta utilidad. Sí, ha llegado el tiempo en que es necesario expulsar á estos

hombres de rapiña y de incendio, que creen que la revolución se ha hecho para ellos; mientras que el hombre probo y puro no la sostiene sino para la felicidad del género humano.» Las proposiciones combatidas por Thuriot son rechazadas. Briez, uno de los comisionados enviados á Valenciennes, lee entonces una Memoria crítica sobre las operaciones militares; sostiene que no se ha hecho nunca sino una guerra lenta y poco propia del genio francés; que siempre se ha peleado en detalle y en guerrillas, y que en este sistema se debe buscar la causa de los reveses sufridos. Después, sin atacar abiertamente al comité de salvación pública, parece insinuar que este comité no ha dado á conocer todo á la Convención; y que, por ejemplo, hubo cerca de Douai un cuerpo de seis mil austriacos que pudo ser copado y que no lo fué. La Convención, después de oír á Briez, le agrega al comité de salvación pública.

En este momento llegan las noticias detalladas de la Vendée, contenidas en una carta de Montaigú, y aquellos pormenores alarmantes producen un impulso general. «En vez de intimidarnos, exclama un diputado, juremos salvar la república!» Al oír estas palabras, levántase toda la Asamblea, y jura una vez más salvar la república, cualesquiera que sean los peligros que la amenacen. En aquel momento entran los individuos del comité de salvación pública, que no habían llegado aún, y toma la palabra Barrere, su relator acostumbrado. «Toda sospecha dirigida contra el comité de salvación pública, dice, será una victoria alcanzada por Pitt; no demos á nuestros enemigos la excesiva ventaja de desacreditar nosotros mismos al poder encargado de salvarnos.» Barrere manifiesta después las medidas adoptadas por el comité, y continúa de este modo: «Desde hace algunos días, el comité tenía motivos para sospechar que se habían cometido grandes faltas en Dunkerque, donde se pudo exterminar hasta el último inglés; y en Menín, donde no se hizo esfuerzo alguno para contener los extraños efectos del terror pánico. El comité ha destituido á Houchard, así como al general de división Hedouville, quien no se ha conducido en Menín como debiera, y acto continuo se procederá á examinar la conducta de estos dos generales. El comité se cuidará en seguida de la depuración de todos los estados mayores y de las administraciones de los ejércitos; ha puesto á las escuadras bajo un pie que les permitirá medirse con nuestros enemigos; acaba de hacer una leva de diez y ocho mil hombres, ordenando un nuevo sistema de ataque en masa, y en fin, en Roma mismo quiere atacar á Roma, y cien mil hombres desembarcarán en Inglaterra é irán á Londres para destruir el sistema de Pitt. Se ha hecho mal, pues, en acusar al comité de salvación pública, pues no ha dejado de merecer la confianza que la Convención le manifestó hasta aquí.»

Robespierre toma entonces la palabra y dice: «Desde hace largo tiempo hay empeño en difamar la Convención y el comité depositario de su autoridad. Briez, que hubiera debido morir en Valenciennes, salió cobardemente para venir á París á servir á Pitt y á la coalición, desconceptuando al gobierno. No es bastante que la Convención continúe dispensándonos confianza; es preciso que lo proclame solemnemente, y que anule su acuerdo respecto á Briez, que nos ha sido agregado como

auxiliar.» Esta petición es acogida con aplausos; resuélvese que Briez no sea agregado al comité de salvación pública, y se declara por aclamación que el comité sigue mereciendo toda la confianza de la Convención nacional.

Los moderados estaban en la Convención y acababan de ser rechazados; pero los adversarios más temibles del comité, es decir, los revolucionarios fogosos, se hallaban en los jacobinos y en los franciscanos, y de estos últimos era sobre todo necesario precaverse. Robespierre marchó á los jacobinos, y usando de su ascendiente sobre



Ronsin

ellos, expuso la conducta del comité, justificó de los dobles ataques de moderados y exaltados, é hizo comprender el peligro de las peticiones que tendiesen á pedir la formación del ministerio constitucional. «Es preciso, dijo, que reemplace un gobierno cualquiera al que hemos destruído, y el sistema de organizar en este momento al ministerio constitucional no es otra cosa sino el de expulsar á la Convención misma, descomponiendo el poder en presencia de los ejércitos enemigos. Sólo Pitt puede ser el autor de esta idea: sus agentes la han propagado, seduciendo á los patriotas de buena fe; y el pueblo, crédulo y sufrido, inclinado siempre á quejarse del gobierno, que no puede remediar todos sus males, ha llegado á ser el eco fiel de sus calumnias y proposiciones. Vosotros, jacobinos, exclama Robespierre, demasiado sinceros para ser ganados, defenderéis á la Montaña atacada, sosteniendo al comité de salvación pública, á quien se quiere calumniar para perderos; y así es como con vosotros triunfará de todos los manejos de los enemigos del pueblo.»

Robespierre fué aplaudido, y todo el comité en su persona. Los franciscanos fueron llamados al orden, olvidóse su petición, y el ataque de Vincent, rechazado victoriosamente, no tuvo ninguna consecuencia.

Sin embargo, hacíase urgente adoptar un partido respecto á la nueva Constitución, pues era peligroso ceder el puesto á nuevos revolucionarios, equívocos, desconocidos, y entre los cuales habría probablemente división, porque procedían de todas las facciones inferiores á la Convención. Era preciso, pues, declarar á todos los partidos que se trataba de asumir el poder, y que antes de abandonar la república á sí misma y á la acción de las leyes que se le habían dado, se gobernaría revolucionariamente hasta que se salvase. Numerosas peticiones invitaban ya á la Convención á permanecer en su puesto. El 10 de octubre, Saint-Just, tomando la palabra en nombre del comité de salvación pública, propuso nuevas medidas de gobierno. Trazó el cuadro más triste de Francia, recargándole con los sombríos colores que le sugería su imaginación melancólica; y valiéndose de su gran talento, y citando hechos verdaderos, produjo una especie de terror en los ánimos. Presentó después é hizo adoptar un decreto que contenía las siguientes disposiciones. Por el primer artículo se declaraba al gobierno de Francia *revolucionario* hasta la paz, lo cual significaba que la Constitución quedaba suspendida momentáneamente, y que se instituía una dictadura extraordinaria hasta la desaparición de todos los peligros. Esta dictadura se confería á la Convención y al comité de salvación pública. «El consejo ejecutivo, decía el decreto, los ministros, los generales y los cuerpos constituidos, quedan bajo la vigilancia del comité de salvación pública, que dará cuenta cada ocho días á la Convención.» Ya hemos explicado cómo la vigilancia se cambiaba en autoridad suprema, porque los ministros, los generales y los funcionarios, obligados á someter sus operaciones al comité, habían acabado por no atreverse á obrar por su propia cuenta, esperando todas las órdenes de aquel mismo. Decíase después: «Las leyes revolucionarias se han de ejecutar rápidamente; y habiendo sido la morosidad del gobierno la causa de los reveses, deben fijarse los plazos para la ejecución de dichas leyes, castigándose la tardanza como un atentado contra la libertad.» Á estas medidas de gobierno agregábanse otras respecto á las subsistencias, pues según dijo Saint-Just, «el pan es el derecho del pueblo.» Preveníase el envío á todas las autoridades del cuadro general de subsistencias, completamente acabado, calculando aproximadamente lo que necesitaban los departamentos, para evaluarlo y garantizarlo; y en cuanto á lo superfluo que hubiese en cada uno de ellos, quedaría sujeto á las requisiciones, ya para los ejércitos, ó bien para las provincias que careciesen de lo necesario. Estas requisiciones se regularían por una comisión de subsistencias, y París debía considerarse como una plaza de guerra abastecida por un año desde el 1.º de marzo siguiente. Por último, decretábase la institución de un tribunal para examinar la conducta y averiguar cuál era la fortuna de todos aquellos que hubieran manejado fondos públicos.

Por esta grande é importante declaración, el gobierno, compuesto del comité de salvación pública, del comité de seguridad general y del tribunal extraordinario, quedaba completo y asegurado mientras durase el peligro.

Esto era declarar la revolución en estado de sitio, y aplicarle las leyes extraordinarias de tal estado mien-

tras durase. Agregábanse á este gobierno extraordinario diversas instituciones reclamadas hacía largo tiempo y que habían llegado á ser inevitables. Pedíase un ejército revolucionario, es decir, una fuerza encargada especialmente de hacer ejecutar las órdenes del gobierno en el interior; y estando decretado desde mucho tiempo antes, organizóse al fin por un nuevo decreto (3 de septiembre). Se compuso de seis mil hombres, sin contar mil doscientos artilleros; debía trasladarse de un punto al otro, y desde París á las ciudades donde fuese necesaria su presencia, quedándose de guarnición á costa de los habitantes más ricos. Los franciscanos querían un ejército para cada departamento, pero se opusieron á esta petición, diciendo que se volvería al federalismo si se daba á cada departamento una fuerza individual. Los mismos franciscanos pedían además que á cada destacamento del ejército revolucionario siguiera una guillotina con ruedas. Tales son las ideas que sugiere el espíritu de un pueblo cuando se halla entregado á sí mismo. La Convención, rechazando todas estas peticiones, se atuvo á su decreto. Bouchotte, encargado de organizar aquel ejército, le reclutó entre todos los vagos de París, dispuestos siempre á ser satélites del poder dominante; el estado mayor contaba muchos jacobinos, y sobre todo franciscanos; y Ronsin y Rossignol, llamados de la Vendée, fueron puestos á la cabeza de este ejército revolucionario. Bouchotte sometió la lista del estado mayor á los jacobinos, haciendo pasar á cada oficial por la prueba del escrutinio; y ninguno de ellos fué confirmado por el ministro sin previa aprobación de la sociedad.

A la institución del ejército revolucionario agregóse en fin la ley de sospechosos, con tanta frecuencia pedida, y resuelta en principio el mismo día de hacerse el alistamiento en masa. El tribunal extraordinario, aunque organizado de tal manera que podía castigar por meras probabilidades, no tranquilizaba lo suficiente á las imaginaciones revolucionarias. Deseábase poder encerrar á aquellos á quienes no fuese dado enviar al suplicio, y pedíanse disposiciones que permitieran asegurarse de sus personas. El decreto que dejaba á los aristócratas fuera de la ley parecía demasiado vago y exigía un juicio; queríase que la simple denuncia de los comités revolucionarios bastara para que un individuo declarado sospechoso pudiera ser encarcelado inmediatamente. Decretóse, en efecto, el arresto provisional de todos los individuos sospechosos hasta la paz (1), debiendo considerarse como tales: 1.º, los que, bien por su conducta, ó ya por sus relaciones, sus palabras ó sus escritos, se hubieran mostrado partidarios de la tiranía, del federalismo, y enemigos de la libertad; 2.º, los que no pudieran justificar, de la manera prescrita por la ley de 20 de marzo último, sus medios de subsistencia y el cumplimiento de sus deberes cívicos; 3.º, aquellos á quienes se hubiesen rehusado certificaciones de civismo; 4.º, los funcionarios públicos suspensos ó destituidos de sus funciones por la Convención Nacional y por sus comisionados; 5.º, los exnobles, maridos, mujeres, padres, madres, hijos ó hijas, hermanos ó hermanas, y agentes de emigrados que no hubiesen

(1) Este célebre decreto fué expedido el 17 de septiembre y se conoce con el nombre de *Ley de sospechosos*.

manifestado constantemente su afecto á la revolución; y 6.º, los que hubieran emigrado en el intervalo comprendido desde el 1.º de julio de 1789 á la publicación de la ley de 8 de abril de 1792, aunque hubiesen vuelto á Francia en los plazos señalados.

Los detenidos debían ser encerrados en los edificios nacionales, y se les custodiaría á expensas de ellos mismos; pero concediéndoles el permiso de trasladar á estos edificios los muebles que necesitaran. Los comités encargados de decretar los arrestos no podrían hacerlo sino por mayoría de votos, enviando al comité de seguridad general la lista de los sospechosos, con expresión del motivo del arresto. Siendo sus funciones desde aquel instante muy difíciles de desempeñar, y casi continuas, convirtiéronse para los individuos de los comités en una especie de profesión, que se debía remunerar; y desde entonces recibieron sueldo por vía de indemnización.

A estas disposiciones, y por la urgente demanda del Ayuntamiento de París, agregóse otra que hacía más terrible la ley de sospechosos, y fué la revocación del decreto que prohibía las visitas domiciliarias durante la noche. Desde aquel momento, los ciudadanos perseguidos se vieron amenazados á todas horas sin tener ya un momento de reposo. Aunque antes se encerraban de día en escondites ingeniosos y reducidos, que la necesidad les hizo imaginar, los sospechosos podían cuando menos salir al aire libre durante la noche; mas ahora no les era ya posible hacerlo, y los arrestos, multiplicados de día y de noche, llenaron muy pronto las cárceles de Francia.

Las juntas de sección se reunían diariamente; pero la gente del pueblo no tenía tiempo de asistir, y en su ausencia no eran ya sostenidas las proposiciones revolucionarias. Por petición expresa de los jacobinos y del Ayuntamiento, resolvióse que estas asambleas no se celebrasen sino dos veces por semana, y que cada ciudadano que asistiese recibiera cuarenta sueldos (ocho reales) por sesión. El medio más seguro de tener al pueblo era no reunirle demasiado á menudo, y pagar su asistencia. Los revolucionarios fogosos llevaron á mal que se pusieran límites á su celo, reduciendo las sesiones al número de dos por semana; y en su consecuencia presentaron una enérgica exposición para quejarse de que se atacaban los derechos de la soberanía, impidiendo que se reuniesen cuantas veces quisieran. El joven Varlet fué el autor de esta nueva petición; pero se rechazó, haciendo tan poco aprecio de ella como de otras muchas, inspiradas por la fermentación revolucionaria.

Por estos medios quedaba completa la máquina gubernativa en sus dos ramos más esenciales, que eran la guerra y la policía. Una junta dirigía en la Convención las operaciones militares, elegía los generales y agentes de toda especie, y podía, según el decreto de la requisición permanente, disponer al mismo tiempo de los hombres y de las cosas, haciendo todo esto, ó por sí misma, ó por los representantes enviados en comisión.

A las órdenes de esta junta, el comité llamado de seguridad general tenía la dirección de la alta policía, y servíase para su vigilancia de los comités revolucionarios instituidos en cada Ayuntamiento. Todo individuo

en quien se sospechase, aunque sólo fuera ligeramente, hostilidad y hasta indiferencia, era encerrado desde luego; otros, más gravemente comprometidos, sufrían el castigo impuesto por el tribunal extraordinario, pero felizmente figuraban aún en reducido número, porque este tribunal había pronunciado hasta entonces pocas condenas. Un ejército especial, verdadera columna móvil, ó gendarmería de este régimen, hacía ejecutar las órdenes del gobierno; y en fin, el pueblo, pagado para asistir á las sesiones, estaba siempre dispuesto á sostenerle. Así, pues, guerra y policía dependían del comité de salvación pública: dueño absoluto, teniendo el medio de requisar todas las riquezas, y pudiendo enviar á los ciudadanos á los campos de batalla, al cadalso ó á los calabozos, estaba revestido de una dictadura soberana y terrible para la defensa de la revolución. A decir verdad, érale preciso dar cuenta á la Convención de sus trabajos cada ocho días; pero esta cuenta era aprobada siempre, pues la opinión crítica no se emitía sino en los jacobinos, de los cuales era dueño el comité desde que Robespierre formaba parte de él. A esta potencia no había más oposición que la de los moderados, que se habían quedado atrás, y la de los nuevos exaltados, que avanzaban más en ideas; pero tan poco eran de temer unos como otros.

Ya se ha visto que Robespierre y Carnot habían sido agregados al comité de salvación pública en reemplazo de Gasparín y Thuriot, ambos enfermos: Robespierre llevó su poderosa influencia, y Carnot su ciencia militar. La Convención quiso agregar también á Dantón, colega del primero y su rival en nombradía; pero fatigado éste de los trabajos, poco á propósito para los detalles administrativos, y disgustado además por las calumnias de los partidos, no quiso formar parte de ningún comité. Ya había hecho bastante por la revolución: había sostenido el valor en los ánimos durante los días de peligro, concibió la primera idea del tribunal y ejército revolucionarios, de la requisición permanente, del impuesto sobre los ricos, y de los cuarenta sueldos por sesión asignados á los individuos de las secciones; era, en fin, el autor de todas las medidas que, llegando á ser crueles por la práctica, comunicaron no obstante á la revolución la energía que la salvó. En aquella época, Dantón comenzaba á no ser tan necesario, porque desde la primera invasión de los prusianos se habían acostumbrado todos hasta cierto punto al peligro. Las venganzas que se preparaban contra los girondinos inspirábanle repugnancia, y acababa de contraer enlace con una joven de quien estaba enamorado, á la cual dotó con el oro de Bélgica, al decir de sus enemigos, y con los ahorros de su cargo de abogado en el consejo, según sus amigos. Así como Mirabeau y Marat, estaba atacado de una enfermedad inflamatoria; necesitaba, en fin, algún descanso y pidió licencia para ir á Arcis-sur-Aube, su país natal, á disfrutar del campo, al que era muy aficionado. Habíanle aconsejado esta retirada momentánea como medio de poner término á las calumnias. La victoria de la revolución podría completarse en lo sucesivo sin su ayuda; dos meses de guerra y de energía bastaban para ello, y proponíase volver después del triunfo para dejar oír su poderosa voz en favor de los vencidos y de un orden mejor de cosas. ¡Vana ilusión de la pereza y del desaliento! Al abandonar por dos me-

ses, por uno solo, una revolución tan rápida, llegaría á ser para ella extraño é impotente.

Dantón rehusó, pues, formar parte del comité de salvación pública, y obtuvo licencia. Billaud-Varennes y Collot-d'Herbois fueron agregados al comité, llevando el uno su carácter frío é implacable, y el otro su fogosidad é influencia en los turbulentos franciscanos. Reformóse el comité de seguridad general, y sus diez y ocho individuos quedaron reducidos á nueve, reconocidos como los más severos.

Mientras que el gobierno se organizaba así de la manera más sólida, manifestábase doble energía en todas las resoluciones. Las grandes medidas adoptadas en el mes de agosto no habían producido aún sus resultados. La Vendée, aunque atacada según un plan regular, había resistido; el descalabro de Menín hizo perder casi las ventajas de la victoria de Hondschoote, y era preciso hacer nuevos esfuerzos. El entusiasmo revolucionario inspiró la idea de que la voluntad, así en la guerra como en todo lo demás, tenía una influencia decisiva; y por primera vez se exigió un ejército que venciera en un plazo determinado. Véanse todos los peligros de la república en la Vendée. «Destruid la Vendée, había dicho Barrere, y Valenciennes y Condé no estarán ya en poder del austriaco; destruid la Vendée, y el inglés no ocupará más á Dunkerque; destruid la Vendée, y el Rhin quedará libre de prusianos; destruid la Vendée, y España se verá acosada, conquistada por los meridionales, unidos á los soldados victoriosos de Mortagne y de Chollet.

»Destruid la Vendée, y una parte de ese ejército del interior irá á reforzar al valeroso ejército del Norte, con tanta frecuencia vendido y tan á menudo desorganizado; y Lyon no resistirá más, y Tolón se rebelará contra los españoles y los ingleses, y veremos el espíritu de Marsella elevarse á la altura de la revolución republicana.

»En fin, cada golpe que descarguéis sobre la Vendée resonará en las ciudades rebeldes, en los departamentos federales, en las fronteras invadidas... ¡La Vendée es todavía la Vendée! Allí es donde se debe herir, de aquí al 20 de octubre, antes del invierno, antes de que los caminos estén intransitables, antes de que los facciosos hallen la impunidad en el clima y en la estación.

»El comité ha visto de una rápida ojeada todos los vicios de la Vendée en estas pocas palabras:

- »Demasiados representantes.
- »Demasiada división moral.
- »Demasiadas desavenencias militares.
- »Demasiada indisciplina en las victorias.
- »Demasiados informes falsos en el relato de los acontecimientos.

»Demasiada avidez y demasiado amor al dinero en una parte de los jefes y de los administradores.»

A consecuencia de esta exposición, la Convención redujo el número de representantes comisionados, reunió los dos ejércitos de Brest y de la Rochela en uno solo, llamado ejército del Oeste, y confió el mando, no á Rossignol ni á Canclaux, sino á Lechelle, general de brigada en la división de Luçon. Por último, determinó el día en que debería concluirse la guerra de la Vendée, que era el 20 de octubre. He aquí la proclama que acompaña al decreto (1.º de octubre):

«LA CONVENCION NACIONAL AL EJERCITO DEL OESTE

»Soldados de la libertad: es necesario que los bandidos de la Vendée sean exterminados antes de finalizar el mes de octubre. La salvación de la patria lo exige; la impaciencia del pueblo francés lo manda; su valor debe cumplirlo. La gratitud nacional espera en dicha época á todos aquellos cuyo valor y patriotismo hayan afianzado para siempre la libertad y la república.»

Adoptáronse medidas no menos prontas y enérgicas respecto al ejército del Norte para reparar el descalabro de Menín, asegurando nuevos triunfos. Arrestóse á Houchard, que había sido depuesto; y el general Jourdan, que mandaba el centro, fué nombrado general en jefe del ejército del Norte y del de las Ardenas, recibiendo orden de reunir en Guisa fuerzas considerables para caer sobre el enemigo, porque todos estaban acordes en comenzar los ataques parciales. Sin juzgar el plan ni las operaciones de Houchard alrededor de Dunkerque, decíase que no se batió con todas sus fuerzas á la vez, y queríase exclusivamente este sistema, más apropiado, según decían, á la impetuosidad del carácter francés. Carnot había marchado ya en dirección á Guisa, para reunirse con Jourdan y poner en ejecución un nuevo sistema de guerra completamente revolucionario. Acababan de agregarse tres nuevos comisionados á Dubois-Crancé, á fin de hacer las levás en masa y precipitarlas contra Lyon; y dióseles orden de renunciar al sistema de los ataques metódicos, disponiendo el asalto de la ciudad rebelde.

Vemos, pues, que por todas partes se redoblaban los esfuerzos para terminar victoriosamente la campaña.

Pero los rigores acompañaban siempre á la energía; el proceso de Custine, prolongado en demasía, según los jacobinos, había comenzado por fin, y se continuaba con toda la violencia y barbarie de las nuevas formas judiciales. En el cadalso no se había visto aún á ningún general en jefe: manifestábase impaciencia por hacer rodar la cabeza de un personaje, é intimidar á los jefes de los ejércitos ante la autoridad del pueblo; queríase sobre todo que alguno de los generales expiara la defección de Dumouriez, y eligióse á Custine, á quien se consideraba por sus opiniones y sentimientos como un segundo Dumouriez. Para apoderarse de su persona habíase elegido el momento en que, encargándose del ejército del Norte, había ido momentáneamente á París para concertar sus operaciones con el ministerio. Condujéronle primeramente á la prisión, y después se pidió y obtuvo el decreto de su traslación al tribunal revolucionario.

Ya se recordará la campaña de Custine en el Rhin. Encargado de una división del ejército, halló á Spira y Worms mal custodiadas, porque los coligados, ansiosos de marchar contra la Champaña, lo habían descuidado todo en las alas de su ejército y en la retaguardia. Varios patriotas alemanes, que acudían por todas partes, le ofrecían sus ciudades; entonces avanzó, apoderándose de Spira y Worms, que se le entregaron, y dejó á Mannheim, que se hallaba en su camino, por consideración á la neutralidad del elector palatino, y también por el temor de no poder entrar fácilmente. Por fin llegó á Maguncia, de la cual se apoderó; regocijó á Francia con sus inesperadas conquistas, y obtuvo un mando que le



COLLOT-D'HERBOIS